



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Marginación y subsistencia: Los sectores informales de San Salvador

Autor: Gargallo, Francesca

Forma sugerida de citar: Gargallo, F. (1991). Marginación y subsistencia: Los sectores informales de San Salvador. *Cuadernos Americanos*, 1(25), 103-126.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año V, Núm. 25, (enero-febrero de 1991).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

MARGINACIÓN Y SUBSISTENCIA: LOS SECTORES INFORMALES DE SAN SALVADOR

Por Francesca GARGALLO
LECARI, MÉXICO

a) Del campo a la ciudad. Antecedentes de un problema

ALREDEDOR DE 1880, El Salvador modifica su producción agropecuaria para ingresar al mercado internacional mediante la comercialización del café. Este no sólo transforma la geografía rural salvadoreña, la distribución de la tenencia de la tierra y las relaciones entre terratenientes y campesinos, basadas en el trato directo entre el patrón y la familia de peones derivado de las formas que adquirieron la propiedad y el trabajo durante la Colonia y los primeros años de gobierno independiente.

El café, para comercializarse, impone la construcción de ferrocarriles y puertos, así como la apertura de bancos en San Salvador y, en menor medida, Santa Ana y San Miguel, por su cercanía a las zonas de producción. Por lo tanto, la capital se asienta y crece moderadamente como centro de exportación, dependiendo tanto de la producción agraria de sus alrededores como de los compradores extranjeros de la misma, en su mayoría británicos.

Dado el reducido tamaño de El Salvador (21 000 km²), el cultivo de café en ese país centroamericano nace sediento de terrenos para la producción. En 1880¹ el gobierno expide las primeras leyes de extinción de Comunidades y Ejidos, formas de propiedad agraria comunal que permitían la subsistencia de los agricultores directos, garantizándoles un lugar de residencia.

¹ Rafael Manjívar, *Formación y lucha del proletariado industrial salvadoreño*, San Salvador, UCA, 1986: "Hacia 1878, el 40% de las tierras cultivables pertenecían a Comunidades y Ejidos", p. 23.

La liberalización de la propiedad agrícola, como en el resto de América Latina, al ofrecer y otorgar títulos de propiedad sobre los predios antes cultivados comunalmente, concentra de hecho la tierra entre los pocos que pueden adquirirla, pauperizando la mano de obra campesina originaria, lo cual "lleva al surgimiento del proletariado y semiproletariado agrícola en El Salvador y a integrar el mayor y más flexible ejército laboral de reserva en Centroamérica".²

A raíz de ello, los campesinos tienden: a) a emplearse durante las temporadas de cosecha en las fincas cafetaleras que los expulsaron de sus tierras; b) a emigar hacia Honduras en busca de tierras propias; c) a trabajar como mineros en la Divisadero Gold and Silver Mining Co. y Butters Salvador Mine, de capital inglés, que se establecen en El Salvador en 1888 y 1899, respectivamente; y d) a trazar las vías y poner los rieles del ferrocarril para The Salvador Railway Co., también de capital británico.

Las formas de empleo señaladas mantienen, durante cerca de treinta años, alejadas de las ciudades a las masas campesinas desposeídas. En los años que corren de 1907 a 1920, debido al cierre de las plazas en la compañía ferrocarrilera (que en 1940 pasa a ser propiedad salvadoreña y deja de modernizarse), al crecimiento demográfico, y a las esperanzas del proletariado agrícola de encontrar mejores condiciones de vida y de trabajo, San Salvador, Santa Ana y San Miguel empiezan a crecer aunque no en forma desproporcionada, dada la existencia de las Leyes contra la Vagancia que impiden el movimiento de grandes masas de personas y garantizan a los terratenientes el trabajo barato y semiobligado de los campesinos pobres.³

No obstante, las ciudades salvadoreñas no tienen infraestructuras productivas suficientes para dar trabajo a los recién llegados. La capital, ciudad comercial por excelencia, no desarrolla industria alguna ya que su clase alta se provee de materiales manufacturados de importación y que, para las necesidades de la población urbana de escasos recursos, la adquisición de bienes de consumo descansa en la producción de un diversificado número de talleres artesanales.

Paralelamente, los empleos generados por la apertura de ban-

² *Ibid.*, p. 23.

³ Alastair White, *El Salvador*, San Salvador, UCA 1983, p. 103.

cos internacionales⁴ no se dirigen a una población analfabeta, sin experiencias de trabajo calificado y menospreciada racialmente por las élites criollas, los emigrantes europeos y los inversionistas británicos.

En los primerísimos años del siglo, la migración campo-ciudad, aunque elevada, no constituye para las autoridades un problema. A falta de industrias y empleos estatales y privados, las diversas ramas de la producción artesanal (carpintería, sastrería, pintura, bordados, platería, etcétera) y la rama de la construcción absorben el excedente de mano de obra masculina. A su vez, las mujeres ingresan masivamente al empleo doméstico, que requiere poca especialización y mucho aguante.

En 1917, existen en El Salvador 45 organizaciones de artesanos, de características parecidas a las de las Sociedades de Socorro Mutuo que los anarquistas liderean en ese entonces en el resto de América, agrupadas alrededor de un periódico, *El Obrero*, fundado en 1873, y a una escuela nocturna para artesanos, hijos de artesanos y aprendices de taller que tengan los 14 años de edad cumplidos.⁵ El desempleo es todavía moderado y no afecta a todos los miembros de una familia, sobre todo porque la estructura familiar salvadoreña dista de ser nuclear y ahí donde uno o más miembros del grupo trabajan, los demás sobreviven.

Igualmente, no hay que subestimar la importancia de las fuentes de empleo masivas que se abren en el resto de Centroamérica, como la construcción del canal de Panamá y las bananeras costarricenses y hondureñas que captan un ingente número de trabajadores salvadoreños hombres.

Es desde la década que corre entre 1922 y 1932 que las tasas migratorias crecientes empiezan a sacudir las ciudades tradicionales.⁶ El modo de producción mercantil simple en el cual se inser-

⁴ London Bank, 1880, Sucursal Banco de Nicaragua, 1893; Anglo South American Bank, 1914.

⁵ Alejandro Bermúdez, *El Salvador al vuelo*, San Salvador 1917, p. 171.

⁶ Las tasas migratorias en San Salvador son crecientes: de 1930 a 1950 alcanzan el 30%, no habiendo llegado antes ni al 4% decenal; de 1950 a 1960, el 67.48%; de 1960 a 1978, el 78.4%. Hoy, tras la llegada de medio millón de desplazados en 1983 y de otros 80 000 cada año siguiente, la ciudad no es cuantificable. Véase G. C. Rivera Arévalo y S. I. Sánchez Cuéllar, *Caracterización del sector informal de vivienda urbana en El Salvador, 1970-1984*, tesis, San Salvador, febrero de 1986, p. 108.

ta el artesanado, se manifiesta insuficiente para incorporar a tanta fuerza de trabajo, a la vez que los migrantes no pueden adquirir los instrumentos de trabajo necesarios para abrir sus propios talleres.

Proletarios *strictu sensu*, éstos no son obreros industriales y no pueden aspirar a ser artesanos. Los más afortunados encuentran trabajo en condiciones de explotación capitalista primaria en la industria manufacturera que alrededor de 1930 se concentra en las orillas de la capital y es implementada por los artesanos más ricos.⁷ Los demás empiezan a conformar un ejército de reserva industrial urbano que de hecho se emplea momentáneamente en cualquier trabajo y sobrevive por la estructura familiar amplia de la que se habló con anterioridad.

Despolitizados al momento de llegar a la ciudad y con una cultura de rebelión complicada por las influencias de la revolución mexicana, por la resistencia sandinista a la invasión de los *marines* norteamericanos, por su propio indigenismo campesino y por las noticias que llegan sobre la revolución antizarista,⁸ estos hombres y mujeres no se identifican con la ideología política de las organizaciones artesanales que, en parte, los emplean. Necesitados de una organización que responda a sus exigencias de trabajo y derechos laborales, se convierten en las bases urbanas de ese partido comunista salvadoreño (PCS) cuyos primeros núcleos surgen en 1925.

Es desde el PCS que se rebelan al golpe de Maximiliano Hernández Martínez contra Araujo en diciembre de 1931, y dirigen la insurrección campesina de enero de 1932, fundan los primeros soviets de América, hablan de revolución, repartición de la riqueza y justicia social exigiendo la industrialización del país. Y mueren, junto con la cultura pipil, las organizaciones sindicales agrarias y parte de las esperanzas de un proletariado incipiente, en un baño de sangre que provoca 30 000 muertos en un país de 1 437 611 habitantes,⁹ efectuado por un ejército ligado al proyecto agroexportador de los terratenientes y comerciantes internacionales.

En 1932, 80 000 habitantes viven en San Salvador, lo cual la convierte en una ciudad un poco más que sobrepoblada.¹⁰ En los

⁷ Alastair White, *op. cit.*, p. 192.

⁸ Roque Dalton, *Miguel Marmol*, La Habana, Casa de las Américas, 1982.

⁹ *Primer Censo de Población*, San Salvador, 1931.

¹⁰ Thomas P. Anderson, *La guerra de los desposeídos*, San Salvador, UCA, 1981, p. 44.

doce años siguientes, y a pesar de una relativa migración hacia el extranjero de las familias de líderes comunistas e intelectuales que escapan a la represión de Hernández Martínez, la ciudad crece a ritmo sostenido.

En el centro y en el barrio El Calvario, pegado al mercado central y a la zona mercantil, las grandes casas de la época colonial y de los primeros años de vida independiente, son abandonadas por sus dueños y rentadas cuarto por cuarto, a familias de escasos recursos, transformándose en mesones o conventillos, o sea en unidades en las que varias familias viven en condiciones de hacinamiento.

Enemigo jurado de los trabajadores organizados y de las comunidades campesinas por su estrecha vinculación con los sectores terratenientes, Hernández Martínez, mejor conocido como *El Brujo*, por sus locuras místicas y la fama de carismático, apoya abiertamente la concentración cada vez mayor de la tierra en manos de las familias más relacionadas con el comercio exterior, facilitándoles la apertura de préstamos para impulsar nuevos sectores de la producción agropecuaria, como el algodón y, en menor medida, la caña de azúcar.

Al promover la modernización de las formas de cultivo, acelera el aumento del desempleo entre los proletarios agrícolas, a los que libera de la residencia forzada en sus zonas de origen al suprimir las leyes contra la vagancia y que se dirigen hacia las ciudades en busca de trabajo, casa, comida, escuelas.

El incipiente movimiento obrero de los años anteriores a la masacre de 1932, articulado alrededor de sindicatos de producción y servicios,¹¹ implementa métodos de lucha como la huelga que los contraponen a las organizaciones mutualistas de los artesanos de principios de siglo. Sin embargo, no desarrolla bases muy fuertes y la represión lo dispersa o acalla con relativa facilidad; sobre todo al implementar Hernández Martínez la prohibición de cualquier organización de trabajadores y el cese a la política de impulso a la diversificación e industrialización.

¹¹ En 1929, por ejemplo, en San Salvador los sindicatos más fuertes eran los de panificadores, ferrocarrileros, trabajadores de salón, servicio doméstico, sorbeteros y refresqueros, obreros de la construcción, tejedores, pintores, trabajadores manuales e intelectuales de los diarios, barberos, instaladores eléctricos, sastres, zapateros, empleados de comercio, motoristas y mecánicos. Cf. Arístides Larín, "Historia del movimiento sindical de El Salvador", *La Universidad* (San Salvador), núm. 4, julio-agosto de 1971, p. 128.

Diversificación e industrialización que hubiesen significado más que riqueza para el país y su clase dominante, empleo y distribución del excedente y, por lo tanto, surgimiento de sectores medios. Impulsadas por el sector progresista de la oligarquía, aunque en forma vaga, antes de la crisis de 1929, contaron con el apoyo de los partidos Laborista, dirigido por Arturo Araujo y compuesto en su mayoría por sectores populares urbanos, trabajadores y campesinos, y Zaratista, cuyo candidato Alberto Gómez Zárate creía en una democracia burguesa como medio adecuado para la producción y reproducción moderna del capital.¹²

Como ya se ha mencionado, El Salvador tenía en 1930 1 437 611 habitantes. De éstos, el 80% se dedicaba a actividades agrarias. El restante 20% se distribuía en ciudades y pueblos de más de 2,500 personas. Si se considera a la gente mayor de 14 años, la población económicamente activa alcanzaba aproximadamente el 50% del total.

En 1929 la Regional de Trabajadores, especie de confederación sindical de tendencia marxista que contaba con 31 sindicatos urbanos y semiurbanos, 4 rurales y 3 mixtos, reunía el 10.6% de la PEA. Sin contar a las mujeres (el 51% de la población), cuya organización era entorpecida por las características de su producción familiar en el agro y por engrosar las filas de los servicios domésticos en las ciudades —que a pesar de tener sindicato difícilmente logran ser cuantificados—, y tomando en cuenta que los años inmediatamente anteriores a la movilización de 1932 eran de fuerte concentración política debido a la presencia de una situación insurreccional, puede considerarse que todos los trabajadores urbanos estaban sindicalizados.

¿Quiénes son entonces los integrantes de ese 14.4% de la PEA masculina urbana no organizada? Dada la concentración de la propiedad en pocas manos, no lo constituyen los sectores empresariales. Considero pertinente afirmar que lo conforma un sector no tomado analíticamente en consideración en ese entonces: el "lumpenproletariado", los "sectores no productivos", el "ejército de mano de obra de reserva", de todas formas desempleados y subempleados urbanos, sin organización política, sin voz ni voto, sin posibilidad de organización laboral.

Este sector, en la "situación revolucionaria" de 1932, no se li-

¹² Véase Rafael Guidos Véjar, *La diferenciación campesina en El Salvador*, mimeografiado, México, El Colegio de México, 1976.

ga a la burguesía; pero tras la violenta represión tampoco se acerca al proletariado industrial, ya que no puede sumársele porque la apertura del Banco Hipotecario y el Banco Central de Reserva de El Salvador, en 1939, implica que todos los préstamos sean otorgados a los terratenientes y se frene cualquier proyecto de crecimiento industrial. De hecho, en ese mismo año, se prohíbe la utilización de maquinaria para la manufactura de productos de uso, supuestamente para proteger al artesanado.

Sin embargo, *El Brujo*, brutal represor de los sectores populares organizados, fue uno de esos populistas latinoamericanos que en los 30-40, utilizando al ejército, toman el poder con un discurso desligado del análisis de la situación real interna del país. Así Hernández Martínez pretende organizar el "Mejoramiento Social", un fondo para ayudar a los campesinos a través de un programa de Reforma Agraria, por medio del cual se crean haciendas nacionales que se parcelarían para los campesinos de manera similar al programa de ejidos mexicanos. "En realidad, la tierra que se distribuyó fue muy poca y aun esta tierra pronto se volvió a concentrar, pero por lo menos esta reforma agraria sirvió para disminuir el descontento".¹³

Igualmente, Maximiliano Hernández maneja un lenguaje "industrialista y nacionalista" sin relación directa con la producción, pero muy efectivo sobre una población necesitada de trabajo e ingresos, asustada frente a la opción marxista por haber visto su represión y por sentirla un tanto ajena, y necesitada de creer en la solución de sus problemas inmediatos mediante la acción de un gobierno "proporcionador de soluciones".¹⁴

Hernández Martínez, antes de su actuación dictatorial de diciembre de 1931-enero de 1932, había dirigido el Partido Nacional Republicano, integrado por capas medias, trabajadores, intelectuales nacionalistas, profesionales y militares. Como la mayoría de los partidos u organizaciones populistas de la época, era urbano en su proyección y no rechazaba sino fomentaba la "unidad de clases" frente a los "problemas nacionales", como la injerencia internacional en los asuntos internos. Dicha injerencia en el populismo no tiene una ubicación política definible y si Perón la identificaba con los intereses británicos y norteamericanos en Ar-

¹³ Thomas P. Anderson, *op. cit.*, p. 36.

¹⁴ Véase Francesca Gargallo, *Dos casos de populismo latinoamericano: Argentina y Guatemala*, tesis, UNAM, México, 1985.

gentina, Hernández Martínez bien podía hacerlo con el peligro rojo de la "infiltración rusa y mexicana" y de la III Internacional.

El discurso populista es el arma más eficaz para transformar un pueblo en masa amorfa: maneja la despolitización mediante una politización ficticia. En los países donde la industrialización existe, propone su modernización y nacionalización; en los países donde ésta ni siquiera ha empezado, la propone —aunque no la fomente en la práctica— como solución de todos los males sociales de la nación.

Por su discurso más que por sus tenebrosas cualidades bruji-eriles, Martínez acerca a su política a los sectores populares desorganizados. Así, mientras en realidad impide con sus leyes de concentración del crédito por los organismos financieros privados y sus decretos de defensa del artesanado el surgimiento de una industria salvadoreña, en el discurso maneja que la destrucción del laborismo araujista y del comunismo abrirán las puertas para la construcción de empresas salvadoreñas que darán empleo a las grandes masas de emigrados del campo.

Urbano, el discurso de *El Brujo* nunca intenta siquiera acercarse a los sectores campesinos que no pueden creerle, pues habían sufrido en carne propia la represión por él desatada, pero embauca por un largo período a los "cabecitas negras" salvadoreños, los emigrados recientes, los que todavía creen que la ciudad sea la Tierra de la Gran Promesa.

En esos años el excedente de población urbana en relación a las oportunidades de trabajo productivo conduce "inevitablemente a un exceso de personas dedicadas al comercio".¹⁵ Si el 40% de las personas empleadas en la agricultura son superfluas para el manejo moderno de la misma, una proporción todavía mayor de comerciantes, intermediarios, revendedores, entorpece y encarece la obtención de productos alimentarios en las ciudades.¹⁶ "Con frecuencia, la dueña de un puesto en el mercado o la tendera, no vende todos sus bienes al público directamente, sino que vende una parte a vendedores aún más pequeños".¹⁷ En otras palabras el excedente de población sin trabajo productivo implementa lo que, cuarenta años después, el peruano Hernado de Soto llama el *comercio informal*.¹⁸

¹⁵ Alastair White, *op. cit.*, p. 169.

¹⁶ *Ibid*

¹⁷ *Ibid*, p. 171.

¹⁸ Hernado de Soto, *El otro sendero*, Bogotá, Oveja Negra, 1987.

En 1944 un grupo de liberales de los sectores medios logra tumbar a Maximiliano Hernández Martínez del poder, organizando una junta de gobierno dirigida por el anterior ministro de guerra, Andrés Ignacio Menéndez y el doctor Arturo Romero, médico demócrata, que será a su vez desplazado por el golpe de Estado del coronel Osmín Aguirre y Salinas y las fraudulentas elecciones de 1945 que dan el poder al general Salvador Castañeda Castro. Aun cuando esta serie de procesos abre la visión económica del gobierno a la posibilidad de organizar y modernizar una industria ligera, ésta tiene lugar "sin el incremento correspondiente en el número de obreros empleados".¹⁹ En otras palabras, ni siquiera la industrialización soñada por los reformistas de los Veinte, en los Cuarenta puede garantizar trabajo a los desempleados industriales y detener la "informalización" de los sectores populares urbanos de San Salvador.

Alrededor de 1948-1950, aparecen a las orillas de San Salvador los primeros asentamientos marginales. Muchos de sus habitantes provienen de mesones, son vendedores del mercado y jefas de familia empleadas en labores domésticas. A ellos se les agregan trabajadores del campo que escapan de sueldos miserables y esperan hacer fortuna como revendedores, albañiles, domésticas, y aun prostitutas, en la capital. Igualmente, buena parte de los neo-inquilinos son trabajadores asalariados que no pueden mantener a su grupo familiar con los sueldos que perciben y que en los 50 bajan su poder adquisitivo en forma considerable.²⁰

Thomas P. Anderson recuerda esa década con palabras que cualquier observador contemporáneo podría usar hoy para describir San Salvador: "vagabundos con ojos fantasmagóricos hurgaban los recipientes de basura de las más suntuosas colonias de la capital. Masas de famélicos seres humanos dormían a la intemperie, con buen o mal tiempo, debajo de los pórticos de los bancos del centro de la capital. A través del país vagabundeaban niños apáticos con estómagos hinchados".²¹

El incremento de la población urbana salvadoreña es importante: en 1950 de 1 931 000 habitantes, 140 mil viven en San Salvador; en 1955, hay 197 mil capitalinos; y en 1961, según el censo, el número de éstos se ha elevado a 280 mil.²²

¹⁹ Alastair White, *op. cit.*, p. 264.

²⁰ Thomas P. Anderson, *op. cit.*, p. 42

²¹ *Ibid.*, p. 43

²² *Geografía de El Salvador*, San Salvador, Dirección de Publicaciones,

Según ese mismo censo, en todas las áreas urbanas de El Salvador el déficit de viviendas alcanza las 132 mil unidades, de las cuales más de la mitad corresponden a San Salvador. Para 1964, la agencia de vivienda gubernamental (rvu), que vio su nacimiento en los treinta, había construido unas 8 000 casas. Éstas podían ser adquiridas sólo por los asalariados de mediano y alto nivel.

La situación económica de los trabajadores del campo mientras tanto sigue deteriorándose. Para solventar una reestructuración del nivel de vida de los campesinos, Rivera, el coronel en el poder, intenta en 1965 una reforma de los salarios de los trabajadores del campo, elevándolos de 1.50 colones diarios de 2.25. "La oligarquía se sintió muy afectada por esto e inmediatamente tomó medidas para suprimir su efecto. . . despidiendo a tanto trabajador como les fuera posible".²³

Las ciudades se llenan aún más. Los mesones no dan abasto y las colonias marginales empiezan a crecer. En esa difícil situación San Salvador es asolada por un terremoto. Varios mesones caen y sus habitantes se desplazan hacia zonas verdes de la ciudad y sus alrededores. Al principio, por esa solidaridad inmediata que las burguesías católicas sienten hacia los desdichados, son tolerados. Campesinos y damnificados aprovechan la situación e invaden un predio de la familia Dueñas para formar la primera asociación de colonos "ilegales" con los 700 residentes del campamento Tres de Mayo, quienes luchan con todas sus fuerzas para dar a entender a la opinión pública la urgente necesidad de tierras de la población. La simpatía que entre intelectuales y estudiantes despierta el campamento Tres de Mayo, no impide que sea invadido e incendiado en 1971. Como el Tres de Mayo hay muchos otros casos. Sin embargo, invasiones y despojos de ejército y policía, cuando no matones a sueldo, no bastan para que la población vuelva al campo.

La migración hacia Honduras de campesinos salvadoreños que se efectuaba sin muchas repercusiones nacionales e internacionales desde que la United Fruit Co. (UFCo) había empezado a colonizar

1986, p. 13; y *Censo de Población de 1961*. En esos mismo años la población global era de: 1955, 2 202 000; 1961, 2 542 000.

²³ Thomas P. Anderson, *op. cit.*, p. 42-43. "A comienzos de los años 60, el salario promedio por día para la mano de obra era aproximadamente 1.50 colones o 0.62 centavos de dólar. La mujer empleada en el campo ganaba 1.30 colones e incluso el salario de un mayordomo era poco más de un dólar por día". Los salarios mínimos nominales en la urbe eran los mismos, pero en el campo difícilmente había trabajo por más de 150 días.

la costa atlántica hondureña en 1895, aumenta creando, ahora sí, graves problemas fronterizos.

Si en 1966 el gobierno hondureño había ofrecido tierras gratuitas a los inmigrantes que quisieran dedicarse a la agricultura, a medida que el número de salvadoreños aumenta en la costa norte y en la región de Olancho, su actitud cambia, haciéndose agresiva y desembocando, aproximadamente por 1965, en un abierto rechazo hacia la invasión territorial de los laboriosos vecinos.

En 1966, los terratenientes se organizan para formar un grupo anticampesino y, sobre todo, antisalvadoreño: la Federación Nacional de Agricultores y Ganaderos de Honduras. La FENAGH lanza una gran campaña chovinista contra todo lo salvadoreño y en ese mismo año, acosados, algunos campesinos que no habían legalizado su tenencia de la tierra, presionados por la nueva situación que se produce en Honduras, empiezan a regresar.

Es en parte por la expulsión de salvadoreños de Honduras que los terratenientes salvadoreños reclaman de su gobierno mano dura con el país vecino, hasta entonces receptor del excedente de mano de obra nacional.

Las motivaciones, obviamente, van mucho más allá, pero el miedo de los empresarios salvadoreños a la vuelta de cerca de 350 000 personas de un día para otro no puede ser minimizado. Según Roque Dalton, el industrial Emeterio Regalado Borghi afirma que si no se dispara sobre los hondureños habrá que hacerlo sobre los salvadoreños que vuelven: "Ha llegado la hora de los fusiles. O los disparamos contra el gobierno de Honduras o los vamos a tener que disparar muy pronto contra los salvadoreños que sobran en este país".²⁴

A unas semanas de que se desate la frívolamente llamada Guerra del Fútbol entre El Salvador y Honduras, los periódicos inician una campaña hipernacionalista en la que finalmente se le da nombre al problema central de la sociedad salvadoreña: "San Salvador, primera semana de junio de 1969 (Diario *El Mundo*). El presidente del Instituto de Fomento Industrial, ingeniero Gabriel Pons, sostiene que el problema más grave de El Salvador es el desempleo, pues de cada tres personas, dos están sin trabajo".²⁵

En el gran auge de la industrialización salvadoreña, apoyada

²⁴ Roque Dalton, *Historias prohibidas de pulgarcito*, México, Siglo XXI, 1984, p. 221.

²⁵ *Ibid.*, p. 216.

y financiada por la Alianza para el Progreso, las fábricas y maquilas tienen trabajo para apenas 20 mil personas, mientras la tenencia de la tierra vive un proceso de concentración sin precedentes: "Sólo el 11 % de la tierra estaba en manos de los campesinos, mientras que el 2 % de la población poseía cerca del 60 % de la tierra total, y sólo un 8 % de la población obtenía la mitad del ingreso nacional".²⁶

Para cuando, el 14 de julio de 1969, el ejército salvadoreño invade, bajo pretexto de maltrato a sus conciudadanos, el territorio de Honduras, en San Salvador se estimaba una población de 350 000 personas, 100 000 más que ocho años antes.

El terremoto de 1965, el creciente número de indigentes urbanos y los migrantes han elevado la cantidad de zonas marginales. Entre todos los asentamientos marginales de San Salvador, uno se hace famoso, el de La Fosa. Construido en la quebrada de un río cuya tierra pertenece al Estado, en él se hacían en viviendas de dudosa estabilidad, unos juntos a otros, sin contar con agua potable ni drenaje ni otros servicios, alrededor de 20 000 mujeres, hombres y niños que se las arreglan para encontrar trabajo (30 dólares mensuales al emplearse en lo que sea) y para obtener luz eléctrica, el único de sus lujos, tomándola ilegalmente de las líneas existentes en los alrededores.

Cuando estalla la guerra con Honduras existen varias colonias marginales —no conseguí datos sobre su número exacto— de características parecidas a La Fosa.

Una carta del canciller hondureño a la Organización de Estados Americanos, fechada el 8 de julio de 1969, estima que el número de salvadoreños en su país alcanza las 300 000 personas, de las cuales unas 18 mil han regresado cruzando la frontera. En la respuesta el subcomité de Derechos Humanos de la OEA habla de un éxodo masivo de salvadoreños y da una cifra de 14 mil de todas las edades, pertenecientes sobre todo a la clase "humilde" de la población. La Cruz Roja de El Salvador sostiene haber asistido a unos 80 mil, aunque ese total incluya a muchos que huyeron durante y después de la guerra. Probablemente, antes del 14 de julio, unos 20 mil salvadoreños habían huido de Honduras.²⁷

La guerra arroja un saldo de 300 mil personas regresadas, necesitadas de casa y trabajo, de los que sólo 17 mil encuentran empleo.²⁸

²⁶ Thomas P. Anderson, *op. cit.*, pp. 43-44.

²⁷ Véase Ministerio de Relaciones Exteriores, *El Salvador y su diferendo con Honduras*, San Salvador, 1970, pp. 194-197.

²⁸ Roque Dalton, *Historias...*, p. 217.

El resto llena, agranda y cimienta los asentamientos marginales y tugurios ya existentes. Desde entonces éstos se convierten en receptores de todos los prófugos del hambre, la guerra, la inseguridad.

b) El desarrollo de la injusticia urbana

TRAS la guerra con Honduras, el desempleo abarca el 20% de la PEA. Otro 49% no encuentra trabajo sino como jornalero agrícola o en la rama de la construcción durante aproximadamente 120 días al año.²⁹

La Fosa y demás tugurios, nacidos de la necesidad de vivienda de los sectores urbanos pobres como su única respuesta al sistema que los margina, día tras día reciben más personas regresadas y nuevos migrantes rurales. Las calles de San Salvador se llenan de vendedores ambulantes, los periódicos lanzan una campaña contra los marginales acusándolos de ser los causantes de una nueva ola de violencia callejera, las industrias aumentan los requisitos para otorgar una plaza (para las mujeres, entre otros, que sean jóvenes y atractivas, sin hijos). "El gobierno, ansioso de darle respuesta a las demandas de 'limpieza' de las calles que le formula el sector formal y establecido del comercio urbano, decide en 1971 perseguir a los vendedores ambulantes, y para hacer más efectiva su posición trata de destruir a las comunicaciones marginales".³⁰

La respuesta de los sectores populares es menos violenta que organizada. Aunque parezca increíble, los marginales esperan al año siguiente para enfrentar al gobierno del Partido Conciliación Nacional, el tradicional, en las urnas apoyando a la Unión Nacional Opositora (UNO), integrada por el Partido Demócrata Cristiano, la Unión Democrática Nacional (fachada legal del partido comunista) y el Movimiento Nacional Revolucionario. La UNO tiene por candidato al político en ese entonces más popular del país, el ingeniero Duarte, quien fue alcalde de San Salvador y se opuso a la destrucción militar de las zonas marginales.

No obstante, en las elecciones del 20 de febrero de 1972, el PCN impone por fraude la victoria de su candidato Arturo Armando

²⁹ Thomas P. Anderson, *op. cit.*, p. 147.

³⁰ Marco Virgilio Carías y Daniel Slutsky, *La guerra inútil: análisis socioeconómico del conflicto entre Honduras y El Salvador*, San José, EDUCA, 1971, p. 32.

Molina. Los sectores informales se retiran de la pelea electoral, mas no así los militares que, esperando una porción del poder, deciden dar un golpe en apoyo a Duarte. El PCN, sin embargo, resulta más cohesionado de lo previsto y "el cambio" concluye con peleas encarnizadas en las calles de la capital, 200 muertos, heridos, exiliados y una desilusión y un desencanto general por los métodos políticos de cambio.

Así, en el verano de 1973, nace una nueva fuerza que agarra las riendas del destino salvadoreño para los próximos 16 años, cuando no más: la guerrilla. Urbana en su nacimiento, ésta asalta como primer acto el Banco de Londres y Montreal en pleno centro de San Salvador. Al poco tiempo, el 24 de noviembre, cierra una calle y allana una tienda de armas para abastecerse. Los actos se siguen uno a otros, así como el surgimiento de los grupos guerrilleros que sólo en 1980 se funden en el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN).

El apoyo logístico y de simpatías que la guerrilla encuentra en los sectores populares marginales y en las barriadas es enorme; sin embargo, no mejora la situación de pobladores y desempleados que, en 1976, se organizan en la Unión de Pobladores de Tugurios, gremio que se suma a la lucha para la democratización y mejora de la vida encauzada por el Bloque Popular Revolucionario, desde una perspectiva de organización reivindicativa por su lugar de residencia y no por su ubicación en la producción.

Asimismo, la situación en el campo sigue su descalabro. Si las industrias han nacido altamente mecanizadas y sólo emplean a algunos obreros especializados, en el campo la apropiación ilegal de tierras por los hacendados continúa sin disminuir. La solución al desempleo parece tener como única salida la implementación de una reforma agraria. En 1970 el Congreso se pronuncia por la expropiación de tierras con compensación y por la ilegalización de los sindicatos campesinos. En 1976, ninguno de los dos puntos se ha llevado a cabo y Molina se siente obligado en junio a anunciar un esquema de reforma agraria que le genera el rechazo de los terratenientes, quienes se organizan en la Asociación Nacional de la Empresa Privada. Dada su fuerza ésta logra que para octubre de 1976 el esquema de reforma agraria muera junto con las esperanzas campesinas de obtener tierras en forma pacífica.

Las tasas de migración aumentan. La ciudad crece, los campesinos empiezan a escapar no sólo del hambre, sino también de la represión que grupos militares ligados a la ANEP desatan contra

los productores agrícolas organizados en sindicatos y los católicos agrupados en Comunidades Eclesiales de Base.

A la hora del golpe militar de 1979 San Salvador suma un millón de habitantes. En los años anteriores la inversión pública se había incrementado en un 22% anual y la privada crecía a ritmos superiores a los del producto.³¹ A pesar de ello se propicia un estancamiento de los salarios y un congelamiento de las plazas. Así que, por lo referente a la distribución de ingresos, en 1979: "La población económicamente activa que incluye a capitalistas y trabajadores tuvo ingresos promedio de ₡ 5,142; los capitalistas tuvieron ingresos cercanos a los 159,257, mientras casi un millón y medio de trabajadores tenían ingresos promedio de ₡ 2,137".³² O sea que los ingresos promedio de los capitalistas son 31 veces mayores que los de la PEA y 68 veces mayores que los de los trabajadores asalariados.

En tal situación, la población de San Salvador, a la par que la del resto del país, impulsa una serie de reivindicaciones específicamente urbanas, "sin que existiera una base política reformista burguesa o de izquierda que posibilitara su mediatización, teniendo, por el contrario, una larga historia de represión total en el país en su contra".³³ Luchas por el agua, el drenaje, escuelas, transporte, vivienda, trabajo, recolección de basura, inalienabilidad de los predios construidos, se mezclan a reivindicaciones laborales y políticas y parecen encontrar respuesta en el golpe que militares jóvenes, supuestamente desarrollistas, dan el 15 de octubre de 1979 con el propósito, vano obviamente, de desarmar a la derecha recalcitrante del ejército y poner punto final al auge del accionar urbano de la guerrilla y las organizaciones populares.

Los coroneles golpistas Adolfo Arnoldo Majano y Jaime Abdul Gutiérrez, junto con el empresario Mario Andino, el dirigente del Movimiento Nacional Revolucionario, Guillermo Ungo y Román Mayorga Quirós, ex rector de la Universidad Centroamericana, organizan una junta de buenas voluntades y escasas posibilidades de

³¹ CEPAL, *El Salvador. Notas para el estudio económico de América Latina: 1977*, México, 1977, pp. 13-14.

³² Manuel Sevilla, *La concentración económica en El Salvador*, Managua, INIESCRIES, 1985, p. 9.

³³ Mario Lungo Ucles, *La crisis, la reivindicación y la vivienda popular urbana en Centroamérica*, CSUCA, ponencia mimeografiada presentada en Hamburgo el 11-16 de febrero de 1985, p. 15.

tener el país bajo control y, aún menos, de resolver los problemas estructurales de la pobreza.

Son rápidamente tumbados del poder y, tras las feroces represiones desatadas contra el movimiento popular, la guerrilla y los sectores progresistas de El Salvador dejan de esperar, de una vez por todas, que los cambios puedan venir del gobierno, sea éste legal o golpista.

c) Actualidad urbana

A finales de 1980, la crisis estalla transformando la situación de enfrentamiento social en situación revolucionaria. En enero de 1981, el FMLN lanza su ofensiva general y se apodera de la tercera parte del territorio nacional. El gobierno en respuesta desata una guerra contra el pueblo que hasta la fecha ha arrojado sobre el país 70 mil muertos, alrededor de un millón de refugiados y medio de desplazados internos, niveles de brutalidad represiva sin precedentes, torturados, desaparecidos y presos políticos, desplazando, por lo menos hasta 1984, la lucha para un cambio social de la ciudad al campo, donde las masas de los territorios bajo control de la guerrilla organizan un gobierno paralelo conocido como de los Poderes Populares.

Con la guerra revolucionaria, "las reivindicaciones urbanas juegan su papel claramente subordinadas y articuladas a las reivindicaciones políticas generales... asistimos a un repliegue del movimiento de las masas urbanas, prácticamente desaparecen las reivindicaciones de este tipo".³⁴

No obstante, y a pesar del flujo de jóvenes marginados urbanos hacia el ejército guerrillero, los problemas de las ciudades se intensifican debido a la violenta represión gubernamental contra la población agraria, la que en 1983 arroja sobre San Salvador alrededor de 350 mil refugiados.

Con esta afluencia de migrantes obligados hacia la capital, el problema de los sectores informales en El Salvador adquiere una gravedad sin precedentes. Ni la creación de refugios de la iglesia y de organismos internacionales, ni la ayuda humanitaria, ni la constitución de comités de desplazados, pueden resolverla. Como otros problemas relacionados con la guerra, el de los informales le es inherente pero no surge de ella, existe desde antes por su estrecha

³⁴ Mario Lungo Ucles, *op. cit.*, pp. 15-16.

vinculación con el modelo económico de dominación vigente y, por lo tanto, necesita de una reestructuración de la política económica salvadoreña y de tomar en cuenta la voluntad y las decisiones de supervivencia de los marginados urbanos.

Las deplorables condiciones de las masas trabajadoras, de los desempleados, subempleados y refugiados en San Salvador, obligan a tomar en consideración las reivindicaciones de carácter urbano desde una perspectiva de prioridad y no sólo porque vinculan las exigencias salariales con exigencias políticas.

"Como efecto directo de la crisis política y del enfrentamiento militar, entre 1979 y 1981 hubo un promedio de casi mil trabajadores cesados por mes, y un promedio de nueve empresas que cerraron entre enero y diciembre de 1980".³⁵ Luego, en 1983, a sólo dos años de iniciada la guerra, el desempleo abierto se calcula en 38% y el subempleo en un 80%. La relación entre población rural y urbana que en 1979 era todavía de un 60% y 40% respectivamente, se transforma debido al desplazamiento de campesinos y habitantes de las zonas semirurales hacia el extranjero (alrededor de 750 mil en 1984) y hacia las ciudades, sobre todo San Salvador.³⁶

Asimismo, la estrategia de contrainsurgencia implementada por el gobierno salvadoreño se dirige más que al enfrentamiento militar con la guerrilla, a romper la base logística, el apoyo social y las simpatías que ésta tiene entre la población civil. Según la resolución de la ONU de 1984 sobre la situación de los derechos humanos de El Salvador, los varios cientos de miles de desplazados son consecuencia directa de los bombardeos gubernamentales "contra zonas que no son objetivos militares".³⁷

Al escaparse los campesinos, vagan de un cantón a otro del territorio nacional hasta llegar a reagruparse en campamentos en los cuales no disponen de las condiciones mínimas de subsistencia y seguridad. Abiertos por la Iglesia o por organismos humanitarios nacionales e internacionales, los campamentos figuran inmensos depósitos de seres humanos asustados que, apenas recuperan fuerzas y confianza en sí mismos, se lanzan a conquistar las calles de una

³⁵ *La migración centroamericana y la situación de los salvadoreños desplazados y refugiados*, CINAS, Cuaderno de trabajo núm. 7, agosto de 1986, p. 26.

³⁶ *Ibid.*, p. 30.

³⁷ *Resolución de la ONU sobre la situación de los Derechos Humanos en El Salvador*, Nueva York, 1984, p. 7.

ciudad para ellos desconocida, sobrepoblada y en la que trabajo remunerado no hay siquiera para los habitantes originales.

Según la Comisión de Derechos Humanos de El Salvador —no gubernamental—, en 1985 San Salvador albergaba a 381 072 desplazados registrados, de los cuales 2 296 contaban con ayuda de la Iglesia católica, 6 000 de la Cruz Roja, 10 000 de la Cruz Verde, 630 de los luteranos y 1 082 de Médicos del Mundo. El resto está disperso en mesones, barrios informales, calles, tugurios.

El Socorro Jurídico del Arzobispado de El Salvador, en su *Informe 1985* agrega que 54% de los desplazados son menores de 16 años, el 22% hombres ancianos, el 34% mujeres en edad productiva, el 55.6% analfabetos. Asimismo, si el 38.3% eran desocupados desde antes del desplazamiento, el 74% lo está a raíz de éste. El 65.94% de los desplazados pierde la casa de su lugar de origen y el 92.77% tiene en San Salvador, como única aspiración, encontrar trabajo.³⁸

Estos datos no son sino cifras para el lector, más para los habitantes de la capital salvadoreña constituyen el desafío cotidiano de encontrar comida, techo y, si no trabajo, por lo menos quehacer para mejorar las condiciones de vida de una población que crece en 80 mil personas al año después de que, en 1983, por San Salvador pasaron (y en parte se quedaron) un millón de desplazados.³⁹

Igualmente no puede olvidarse que "el 34% de los desplazados está conformado por mujeres productivas, mientras el 22% de hombres son ancianos. De hecho entre los desplazados la mayoría de los núcleos familiares —o grupos de personas que se han juntado para escapar— dependen económica y decisionalmente de jefas de familia".⁴⁰ Las mujeres encuentran trabas mayores que los hombres para emplearse, sobre todo si son viejas y poco atractivas, puesto que una de las condiciones de su empleo es la condescendencia sexual que *le deben* a los patrones y capataces. Su sueldo, además, es un 30% inferior al de los hombres a paridad de horas-trabajo.⁴¹

³⁸ Segundo Montes, "El problema de los desplazados y refugiado salvadoreños", en ECA (San Salvador), núm. 447-448 (1986).

³⁹ AMERICAS WATCH, *A report on human rights in El Salvador*, New York, 1984.

⁴⁰ Francesca Gargallo, *Las transformaciones de conducta femenina bajo el impacto socio-militar en El Salvador*, tesis, UNAM, México, 1987, pp. 96-97.

Así, y a pesar del deseo generalizado de la población desplazada de volver a sus lugares de origen, la realidad impone una urbanización que en palabras de Segundo Montes "históricamente ha sido irreversible hasta el momento en todas partes, a no ser que las condiciones artificiales de esta población modifiquen cualitativamente las tendencias —fenómeno previsible cuanto más dure el tiempo de residencia en la adaptación a la vida urbana".⁴²

La población desplazada tiene apoyo de instituciones a las que no todos los refugiados se atreven a acudir por temor de ser considerados como "subversivos" por el solo hecho de provenir de zonas de conflicto militar abierto, pero no cuenta con la simpatía de los demás sectores marginados y aun de los asalariados que todavía tienen trabajo por ser ellos potenciales competidores en la restringida oferta de fuentes de empleo. Recuerdo a este propósito un taxista que en 1984 al llevarme por las calles de San Salvador dijo, mostrándome a varios vendedores ambulantes, que a los desplazados debería de impedírseles el ingreso a la capital o salir de los refugios porque les *robaban* el trabajo a los legítimos capitalinos.

Ahora bien, la realidad es que los desplazados sí se han sumado a los sectores informales preexistentes en la ciudad capital. Ellos son la mayoría de los pobladores y pobladoras de los tugurios o "asentamientos carentes de los servicios públicos fundamentales que se encuentran al margen de la ley de Reglamentaciones dictada por las instituciones que definen las normas habitacionales urbanas".⁴³

Según un listado de la alcaldía de San Salvador, a principios de 1986, existían en la capital 117 tugurios, demagógicamente llamados "comunidades en vía de desarrollo". Su número de viviendas es variable, pasando de un mínimo de cinco en García Flamenco, a un máximo de cinco mil en Fortaleza Central. Considerando que en las 23 622 viviendas marginales registradas reside un promedio de seis personas por casa, los tugurios reúnen según las fuentes oficiales a 145 732 habitantes, o sea el 10% de la población capitalina.

En contradicción con lo anterior, Gertrudis del Carmen Rivera Arévalo y Sonia Ivette Sánchez Cuéllar señalan que los datos de la alcaldía no toman en consideración a todos los tugurios ni a las demás formas de vivienda marginal (mesones, conventillos, colonias

⁴² "La situación de los salvadoreños . . .", p. 70.

⁴³ Ministerio de Obras Públicas, *Demanda efectiva de bajo costo en el área metropolitana de San Salvador y tres ciudades secundarias. Informe final*, San Salvador, 1984, p. 101.

ilegales) de San Salvador, ya que las dos terceras partes de la población viven en ellos.

La precariedad económica de los marginados urbanos conlleva, más allá de todos los problemas relacionados con la subalimentación y la falta de higiene y trabajo, una cadena de enajenación mental y de soledad en la que puede notarse que lo económico ha invadido incluso la esfera de los sentimientos, la religiosidad y las expectativas: "La mayoría de las mujeres que viven en las zonas marginales, nunca hablan de sus maridos o compañeros, vivos o muertos, presentes o no, como fuente de cariño e intercambio sentimental; para ellas el amor es asunto de otras clases sociales. Cuando se refieren al hombre lo hacen en términos de seguridad económica. Las que tienen un trabajo más o menos estable, del que reciben un salario que podría equivaler al de un hombre, dicen no sentir la falta de un compañero porque pueden cubrir sus necesidades alimentarias".⁴⁴

La vida y la descripción de la vivienda de una pobladora de tugurios explica suficientemente el porqué toda actividad que no sea la búsqueda de alimentación resulte para los marginados superflua.

La casa está ubicada a los lados de la vía del ferrocarril, entre otras muchas cabañitas de lodo y madera. Se entra por unas escaleras resbalosas que bajan hasta un patiecito cubierto por lonas en el que se encuentra un fogón rudimentario. Su nieta, que cría desde la edad de seis meses cuando el padre, su hijo mayor, fue apresado y muerto por la Policía de Hacienda, juega entre los cuatro pollos para vender. Dos bancas de madera, bajitas y cojas, y una jaula volteada que sirve de mesa, completan el mobiliario. Poco más allá tiene un recipiente para el agua, que cada mañana va a cargar a cinco cuadras de su casa, antes de preparar las tortillas y comprar el pan que vende por las tardes en el Mercado Central, entre otras 3 600 vendedoras.⁴⁵

La participación política de los pobladores de tugurios y demás informales es casi nula. Según su decir se sienten marginados de los sindicatos puesto que no son trabajadores directos, y aunque la mayoría de ellos pudiera militar o participar en los Comités Pro Desplazados de El Salvador —CORPODES— y Cristiano Pro Desplazados de El Salvador —CRIPDES—, no se atreven a hacerlo porque prefieren pasar por un ciudadano cualquiera y no colorearse con

⁴⁴ Francisca Gargallo, *op. cit.*, p. 62.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 64.

movimientos que pugnan por el regreso a las comunidades agrarias de origen. Además, el tiempo que les queda de la búsqueda de supervivencia es muy limitado, para no decir que nulo.

Sobre la situación descrita cae el terremoto que el 10 de octubre de 1986 asuela calles y barrios de San Salvador. Después de dos violentas sacudidas, a lo largo de un mes, otras 500 de menor intensidad suman el pánico a los daños reales, la inseguridad del terreno a la inseguridad de la guerra y el hambre, la escasez de medicina y atención médica a la escasez de comida, agua, luz, transporte, trabajo y ayuda gubernamental. Según datos oficiales, los terremotos provocan 1 200 muertos, 10 mil heridos, 200 mil damnificados, 64 mil viviendas destruidas y daños materiales por 900 millones de dólares, "lo que representa alrededor de una cuarta parte del producto interno bruto del país y más del 40% de la deuda externa".⁴⁶

El terremoto intensifica el problema de la vivienda y el de la distribución de servicios básicos como agua, desagües, electricidad y comunicaciones. Asimismo, perjudica seriamente las edificaciones de los sectores salud y educación de por sí ya muy escasas; y destruye construcciones, equipo e inventarios de la industria y el comercio.

Las informaciones periodísticas sobre las actitudes gubernamentales a la hora de la catástrofe eran imaginables: la ayuda externa cooptada y distribuida a mitad de su precio comercial por el sector privado; la desaparición de medicinas y equipos médicos destinados a los improvisados puestos para la prestación de servicios, desviadas hacia el hospital militar; la represión contra las comunidades eclesiales y los sindicatos que deciden tomar en sus manos la distribución de la ayuda exterior para que ésta no sea capitalizada por el gobierno para sus propósitos.

Lo inimaginable, dadas las condiciones de extrema necesidad, es la reacción de la población damnificada: "No tuvieron lugar actos de saqueo; rápidamente comenzaron las labores de limpieza de escombros, selección de materiales rescatados de casas destruidas, destinados a la edificación de viviendas provisionales, muchas de ellas más precarias aún que las que poseían los damnificados antes del sismo".⁴⁷

⁴⁶ CEPAL, *El terremoto de 1986 en San Salvador: daños, repercusiones y ayuda requerida*, México, 1986, p. 3.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 4.

De hecho, el 60% de las viviendas afectadas por el terremoto era de carácter precario y construido en las zonas marginales de la ciudad, mientras otro 20% respondía a los mesones del centro. La reconstrucción de la precariedad se basa por lo tanto en la solidaridad entre gente que conoce la práctica de la misma porque sin ella no sobreviviría como grupo social. Solidaridad de sectores cuyos individuos o núcleos familiares solos no pueden hacer frente a los gastos de reconstrucción y que se ubican en el sector informal de la economía, que sufre serios daños de sus empresas y negocios, ya que usualmente la vivienda va unida con el taller o el comercio.

Antes del sismo, el 41% de la población económicamente activa del área metropolitana de San Salvador encontraba ocupación en el sector informal, y se concentraba en pequeños comercios, el sector servicios, y talleres de manufacturas domésticas. Muchos de esos establecimientos estaban incorporados a las viviendas. Una alta proporción de ellos fue paralizada temporalmente a causa de los daños sufridos por el desastre, dejando sin trabajo a propietarios, socios activos, familiares no remunerados y asalariados.

Se estima que el sector informal perdió 38 100 empleos como consecuencia directa del sismo. Las mayores pérdidas ocurrieron en las ramas de comercio y servicios. Como resultado, la tasa de desocupación abierta del área metropolitana subió de 26% a 35%.⁴⁸

Nuevos niveles de participación popular surgen en el área urbana, como organizaciones de habitantes por cuadra, por barrio y zonas, exigiendo la entrega de la ayuda internacional, la construcción de casas, empleos, mejores salarios y diálogo por la paz. Se puede suponer que una nueva participación política netamente urbana resurge como el ave fénix de las cenizas de siete años de guerra. No obstante, es grave la lentitud con que los sectores democráticos de la sociedad salvadoreña asumen "la tarea de hacer avanzar toda la movilización popular inicial hacia la conformación de una organización independiente de los damnificados que asumiera como responsabilidad propia la defensa de sus derechos y diera un carácter democrático y progresista a las labores de reconstrucción, disputándole su control al régimen".⁴⁹

Sin querer ser sarcástica, parece que la organización de los sec-

⁴⁸ *Ibid.*, p. 20.

⁴⁹ Eliseo Ruiz, "Guerra, sismo y revolución en El Salvador", *Le Monde Diplomatique* (México), 21 de enero de 1987.

tores marginados e informales es detenida por una terrible informalidad de compromisos y un inteligente, aunque no perdurable, juego del gobierno que, a dos días del sismo, para frenar la posible reacción popular frente a las oportunidades de lucro de los casatenientes y terratenientes urbanos que querían triplicar las rentas y los precios de casas y terrenos, emite una Ley de Emergencia que congela las rentas y detiene los procesos de lanzamiento y desalojo por tres meses.

Juego que no es sino reenvío de la problemática central de la falta de casa y trabajo y que se da a la par del descarado despido de trabajadores por parte del sector patronal que, so pretexto de la destrucción de sus planteles, viola flagrantemente los derechos más elementales de los asalariados.⁵⁰

A pesar de todo problema, el terremoto en San Salvador es una llamada, quizás tan sólo la primera, pero llamada al fin, de que mientras la revolución se desarrolle en el agro, la sociedad urbana es capaz de reorganizar sus formas específicas de lucha planteando los problemas inherentes a una sociedad agraria urbanizada violentamente. El terremoto de 1986 ha vuelto la atención sobre los sectores informales porque son ellos esa cuarta parte de la población capitalina que queda damnificada y son igualmente ellos los que replantean los medios de lucha urbanos, con tomas de transporte y camiones de alimentos, con reconstrucción y defensa de los barrios, con demandas de empleo y respeto a las formas de empleo inventadas por las mayorías a la hora de quedar cesantes, con unión real entre marginados de toda la vida y nuevos desempleados por la crisis económica y política. Unión que en San Salvador se hace patente a la hora que el Comité de Despedidos y Desempleados de El Salvador (CODYDES), organización conformada originariamente por trabajadores despedidos del sector privado y público de la economía, fundada el 28 de agosto de 1986, asume militantemente las demandas de los damnificados desempleados, cesantes, ambulantes, prostitutas, empleadas domésticas, refugiados, etcétera, para impulsar una nueva lucha, semilla de rebelión urbana para el derecho a vivir en paz y bien aún en el medio urbano, contradictoriamente hostil y placentero.

Desde esta perspectiva, no es casual que en su IV Asamblea de Delegados, en mayo de 1987, la Unión Nacional de Trabajadores Salvadoreños (UNTS) fije su atención ya no sólo en los trabajado-

⁵⁰ *El Nacional* (México), 12 de enero de 1987, p. 12.

res asalariados sino sobre el pueblo en su conjunto y asuma que el desempleo es la principal causa de inseguridad y hambre en las ciudades. La UNTS, "como expresión amplia de los intereses de todos los trabajadores del campo y de la ciudad y de todos aquellos sectores afectados por la actual situación", exige entre otras cosas que el gobierno abra nuevos puestos de trabajo y potencie las pequeñas y medianas empresas o sea las empresas de los sectores informales que dan trabajo a un promedio de cinco personas; y permita a los desplazados y refugiados regresar a sus lugares de origen, dotándolos "de recursos para reconstruir su patrimonio".⁵¹

La lucha urbana ahora en El Salvador toma en cuenta no sólo a las masivas y organizadas manifestaciones de sindicatos, grupos humanitarios y partidos, sino también a las reivindicaciones de los eternos sin voz que desde 1880 han ido llenando los espacios de una capital, le han dado su fisonomía, su cultura y, aunque desorganizado, su carácter revolucionario.

San Salvador es, pues, ciudad de marginados que no quieren seguir siendo tales. Aunque no se solucione en la actual situación política su problema de hambre, por lo menos la voz y la existencia le son reconocidos por los hombres y las mujeres democráticos que reivindican un cambio.

⁵¹ UNTS, *Con la organización, unidad y lucha, los trabajadores y el pueblo avanzamos al triunfo*, San Salvador, 1987, p. 17.